



LA LUZ DE LAS ESFERAS

Luis Alfaro Vega

LA LUZ DE LAS ESFERAS



Primera edición: diciembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis Alfaro Vega

© Luis Alfaro Vega: dibujo de portada

ISBN: 979-13-87612-04-7

ISBN digital: 979-1387612-05-4

Depósito legal: M-26287-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Un colectivo de visionarios individuos, revestidos de otra antropología, nos legó perfectas gotas de granito congeladas en el tiempo, señales únicas e irrepetibles de su manera particular de ser y entender el mundo.

**Esferas de piedra de Costa Rica:
¡Patrimonio de la Humanidad!**

Homenaje

A los que han dedicado su savia a la recuperación y preservación
del legado de nuestros ancestros,
vigilia permanente de la sangre y los sueños,
dedico.

Capítulo 1:

Rumorosa aldea

Parsimonioso y colosal se hunde el sol tras los grandes árboles de ceiba, astro portador de vida e inexpugnables enigmas tributando las últimas luminosidades al hábitat donde una singular comunidad decidió poner el pie, zanjando huella, memorial en el tiempo. Sol ingente que ilumina la tez de los rostros, testigo presencial de la ardua faena que va menguando entre las chozas, silente esfera que desciende, abrazando la explanada del inmenso valle fértil, tiéndolo de rubores y de ascuas.

La rumorosa aldea, salpicada de barracas cónicas de paja, permanece firme bajo el aroma de la tarde, invadida de un vago, alado deleite que se aspira entre el descuido de plantaciones, calzadas de tierra maciza, anchas plazoletas de ceremonias y juegos, y tensando la piel entre el suelo y el espacio abierto, las inconmovibles esferas de piedra de las que emana una luminiscencia que se adhiere a los individuos que las observan. Los postreros reflejos de la tarde iluminan las huidizas, crecientes sombras que van ganando sitio entre el desasosiego de los pobladores que han cumplido un día más, engrandeciendo con su presencia el asombro de perpetuar la vida.

En el preciso instante en que el ampuloso sol se desvanece al otro lado de las irregulares colinas, de las entrañas de una de las viviendas frontales, que en su fachada exhibe un consistente cobertizo, emerge la tormenta de una mujer ansiosa que se estremece esperando el estrépito de un acontecimiento que le acelera el pulso

del corazón y le devuelve el aliento. Es joven y lozana, cubierta hasta las rodillas por un cuero de color indefinido, en brazos trae un infante y en el rostro la mueca de aceptación hacia el hombre que a grandes zancadas a ella se allega.

En el umbral de la morada se entrecruzan libidinosas miradas. Es un ritual escueto de reconocimiento, atisbo afectuoso de gestos que entrañan la salmodia de una bienvenida: grácil roce de manos, mímica de labios proponiendo avanzar en pareja hacia un rincón específico dentro de la oscurana de la vivienda, que huele a humo de muchas jornadas y a espirales de acumulado silencio.

La fémica va adelante, cadenciosa, descifrando con su contorneo el aire lánguido atrapado dentro de la cónica morada. Con los pies desnudos sorteando palos, huesos, polvo de tantas andanzas y penurias. El varón la sigue entusiasmado, percibiendo un resonar de tambores en todo su cuerpo, adivinando el perfil de la amada en la neblina espesa, gozando por anticipado el placentero regodeo que presiente cuando estén adheridos en continuo movimiento de besos y caricias.

Llegados a la pared lateral ella se inclina hasta tocar el suelo y barre con la mano la superficie, cerciorándose de que no queden estorbos ni salpicaduras, luego extiende un cuero curtido de felino donde coloca al retoño, fruto de sus entrañas y del hombre que, a su lado, impaciente espera. Metódica se asegura de dejar el suficiente espacio para que el ajetreo propio de una pareja que al coito se entrega, reprima el peligro de un manotazo, patada, o peor aún, el albur de aplastar el cuerpecito de la criatura, que en su manto duerme.

Aflojando una mínima cuerda de bejuco, la mujer se quita la rústica vestimenta y se tiende sobre una mullida estera de entretejidos, desaguados juncos que forman un amortiguado rectángulo. El joven, aún de pie, observa impaciente la escena, se le han abierto las pupilas y es capaz de desplegar un vistazo al contorno, donde sobresale el cuerpo desnudo que desde el suelo lo llama. Lo sacude una viva comezón desde la garganta hasta la entrepierna, doblán-

dole el cuerpo en súbita sacudida. Con agilidad suelta el nudo del taparrabo y se inclina hacia lo más íntimo de la mujer que ama hasta en el indefinido humo de los sueños, mujer de risa abierta y voz de acento tierno, oloroso jardín que, después de una prolongada jornada de separación, volverá a aspirar.

En dirección certera al centro del remolino corporal se sumergen con atemperado ímpetu, marcando con sensitivas miradas la vocación de vigorosos consortes. Meneo de dos cuerpos en impulso utilitario por abarcar la imagen amada en toda su dimensión. Palpan con las manos los costados, las espaldas, deslizando los dedos para cubrir las pieles expuestas, aspiran, se besan los cuellos, se encabritan y se hunden con determinación, candorosa oscilación que los iguala y los une. Mientras se contorsionan ganan espacio dentro de la voluptuosidad que los asiste, ternura en complemento. Hacen una brevísima pausa, se detienen un instante para exponer un mohín de profunda emoción que les baña el rostro con una tenue luz de deleite, y tornan a la faena de tórrido empuje.

Con un estremecimiento de placer infinito perciben fuego en los cuerpos, descargo de estrellas dentro de los músculos, ardientes fogonazos de eléctrico movimiento, hasta el retraimiento de un intenso sopor. Percibiendo ambos un misterioso cansancio, aspiran varias veces y, como alargados gusanos, dan media vuelta hasta quedar tendidos al lado uno del otro.

La pareja descansa al amparo de la noche, que sin luna y con pocas estrellas discurre en la infinita curvatura del espacio. El aire envolviendo tensiones y temblores está caliente dentro de la choza, tan espeso que casi se puede tocar. Los cuerpos, que se juntaron dos veces en jaleo y savia, retozan sudorosos, agotados y con altas temperaturas. Los ojos de ambos recorrieron con presto afán las potencias y límites de lo expuesto, ahora yacen saturados, exangües, como dos vástagos en el suelo.

Por distintos agentes y diversidad de pensamientos se razonan constreñidos, atrapados en la telaraña del insomnio, embrollados, como perdidos en un lugar al que no están seguros cómo llega-

ron. Con la respiración encendida, ambos, mirando el cono de aire negro en la parte alta de la choza, vigilan sus propias mentes y el desfile de indeterminadas, contradictorias ideas e imágenes que a jirones se cuecen.

La mujer disimula el insomnio manteniéndose atenta a los movimientos y suspiros de la cría, que, en atención a su propio horario y fisiológicas necesidades, pronto llorará pidiendo pecho. En el escenario mental del hombre están vivas las escenas de las peligrosas correrías en suelos desconocidos en procura de animales grandes, quiere, pero no logra zafarse de los macabros sucesos de cacería en los que, por alcanzar el preciado botín, perdieron a uno de los suyos.

Yontú, individuo sensible, piensa en la rareza de adentrarse en la montaña para perseguir animales que igual que los seres humanos se levantan con los primeros rayos de luz para conseguir alimento. Elucubra en ese extraño fenómeno de que unos seres vivos sirvan de alimento para que otros mantengan su predominio. Giran sus ideas en torno al derecho de vida de unos y otros, pero al mismo tiempo, verificando que su yo entra en preeminencia de los suyos, se le inflama el pecho por haber triunfado en la reciente cacería, en la que pudieron traer a la aldea una buena cantidad de alimento. Razona que no importan las circunstancias, atesora el axioma de que, por encima de las complejas realidades del entorno, está la impostergable tarea de alimentar a los que ama, esa es su misión, gesta para la que fue formado, y a la que se dedica con disciplina y fervor.

La afilada cuchilla de hueso entra en el cuerpo de las bestias con propiedad, si no las mata con la primera estocada, las liquida con la segunda o tercera, la contundencia de la acción debe ser máxima. Si debe repetir el ejercicio de incrustar el filoso hueso en el cuerpo es por la resistencia y deseos de vivir de las bestias, no es su culpa, él desea liquidarlos de una vez, ansía con todo su aliento no contemplar esos ojos de fuego mirándolo mientras sucumben, fisonomías que se arrugan, encogiéndose en proporción a las lesiones que las

desangran. ¿Por qué los animales miran así cuando están heridos de muerte? ¿Acaso se les atora una estopa en la garganta?, ¿por qué estando al límite de la muerte lo desafían? Él y los suyos necesitan las carnosas protuberancias para la continuidad de la vida.

Como prominente integrante de una tribu cazadora, otras veces ha matado, pero, por alguna circunstancia que no comprende, en la última cacería fue diferente... un agotamiento que desconoce se ejercita en su pecho y le impide conciliar el sueño, complemento necesario para una faena que a todas luces resultó según lo previsto, aunque, en ruinoso, doloroso costo, perdieron a uno de los suyos.

Antes había liderado las jornadas de cacería, incluso desde que era un niño adolescente y ya sentía bríos de cazador en sus músculos, ímpetu para recorrer descampados y recovecos, asaltando trofeos que únicamente se obtienen dando muerte, pero ahora, extrañamente, le brota un sentimiento confuso.

Tendido junto a la mujer que ama hasta el último hálito de sus pulmones, y a la que abraza con frenesí, no logra sentir el placer que entrevió, no con la plenitud de un anuncio que se satura de venturoso futuro.

Con los ojos abiertos pegados al techo negro de irregular empalizada, no consigue acertar la causa de ver pasar una y otra vez la escena del compañero atacado por la bestia, sorprendido cayendo al suelo, volviendo el rostro para contemplarlo a él, Yontú, el líder de la expedición, con aquel atisbo de miedo y sorpresa que antes no tuvo, y que, como un extraño escalofrío, le traspasó el ser. Aquella agónica mirada del compañero de lides lo dejó con un reconcomio en el pecho, indefinible debilidad incrustada en el misterio de su mundo interior. No fue su culpa el imprevisto ataque del animal salvaje, pero él era el cabecilla; ¿qué más debió hacer?, ¿es culpable?

La corriente de imágenes se acrecienta con los minutos en proporción al calor del verano que calienta los cuerpos adyacentes, que, en la noche de los sobresaltos, cual pétalos marchitos, a pesar

del impetuoso encuentro sexual recién protagonizado, al insomnio se rinden. En su cabeza está el malsano vapor de las últimas heridas que le propinó a la masa moribunda de la bestia mayor en la cacería, la que los sorprendió, y en código sangriento, melodrama atroz, se asió al cuello de uno de los suyos. Es extraño, pensó, ahora que nado en las aguas mansas de mi hogar, junto a la mujer que me recibió con una dulce sonrisa, y mi adorada hija en la que reina un sueño plácido, me distraigo con el amasijo de torpes pensamientos que me roban la tranquilidad. La niña, que entre cortados suspiros había dormido, profirió un estruendoso chillido que sacudió las sombras de la choza. La progenitora, convertida en fértil seno, en un súbito impulso se volvió y se aferró, cual náufrago frenético, a la tabla de salvación ofrecida.

El joven, sintiéndose irascible y confundido, dejando impresa sobre la estera de juncos la estatura de su cuerpo, se incorporó, se alisó el taparrabo y salió al amparo de la noche, hálito de un universo abierto donde infinitas estrellas titilan temblorosas. De pie en la entrada contempló a un costado las enormes ceibas, humedecidas, bullentes en el amortiguado vibrar de la noche, y al otro lado una luna tímida, curva, en forma de puñal, escasamente alumbrando su propio curso. No atinaba si quedarse allí hasta el amanecer, o correr buscando el socorro a la confusión que se incrusta en su mente, lastimándole con un persistente, ruidoso repiqueteo. Sintió el cuerpo caliente, hirviendo, fogoso hasta las extremidades. No le bastaron las fosas nasales, debió abrir la boca jalando aire, e impulsar la cabeza hacia arriba en procura del aliento que percibe escaso.

La mujer lo contempla desde el fondo de la morada. Aunque la luz es exigua, su figura negra se perfila perfectamente contra la irradiación del universo. A su mente viene la idea de que es un hombre fuerte y proporcionado, con un corazón grande capaz de amarla a ella y a todos los que respiran a su lado. Una ligera sonrisa se le dibuja en el rostro y, cambiando el seno izquierdo por el derecho, continuó amamantando a su retoño.

Atormentado por un reconcomio de angustia que como una espina de pejibaye no calza en su conciencia, el hombre, sumergido en íntimos devaneos mentales, se recuesta sobre una de las dos esferas de granito que custodian la entrada de la vivienda, cabizbajo, intranquilo, como esperando ya el fulgor del alba. Quiere no pensar, forzar el pensamiento al silencio, como si con ello lograra una gran distancia entre él y lo que aconteció, pero le resulta imposible, las imágenes tornan a desfilan en su mente en proporción a la lluvia de meteoritos que caen desde el vacío sideral. En aumentada corriente, más y en mayor cantidad, veloces meteoritos cruzan y se desprenden frente a sus ojos, expulsando una pesada marea de luces que él advierte desplomar sobre sí, inundando el espacio donde se mueve, robándole el insuficiente aire, enardecíéndole de progresiva fiebre el cuerpo.

Suda profusamente. Escupe y dibuja en el rostro una mueca de desconcierto que le nace de la tormenta de adentro, desde la burbujeante humedad que se le atora en las entrañas debilitándolo. ¿Qué sensación misteriosa lo invade?, ¿por qué ese corroído susto dentro de su corazón? Piensa y repasa los acontecimientos, pero no le asisten explicaciones. Las tripas dentro de su estómago se revuelcan haciendo extraños ruidos, el miedo que llegó de imprevisto a su mente se asienta y crece. ¡Añora ser algo que ocurra fuera de sí mismo! No hizo si no lo que mandan las costumbres, salió de cacería y dio muerte a presas grandes, entonces por qué un extraño pensamiento se le atranca, más que en la cabeza, en la garganta, dificultándole la respiración.

La esfera donde se recostó se empapó de medio lado, dejando caer un abanico de espesas gotas de sudor hacia el suelo, que reseco por el verano, las traga apenas despeñar. Transcurrió un buen rato en tan sofocante trance. De pronto las representaciones de su mente cambiaron, ahora se ve correr junto a sus hermanos e inúmeros amigos del vecindario detrás de un balón confeccionado con la goma del árbol que sobre la loma destila relente. Son carreras bulliciosas por alcanzar al que protege entre sus piernas

el balón, gritos de júbilo abierto que despiertan la curiosidad de los mayores, aquellos que ayer jugaron en gozosa repetición de imágenes y que hoy descansan la vejez sobre una banca de madera, atentos a los pormenores de la aldea que con su sangre y denodado esfuerzo forjaron. Con alegres saltos y carreras, en junto regocijo se ofrendan a perseguir al más habilidoso de los jóvenes, escurridizo cuerpo que embadurnado de un grasoso sudor se escabulle por entre piernas y brazos, provocando estentóreas risas de respaldo a sus menudas hazañas. En culmen de la aventura se miran los hombres con vallado acierto, sujetando con firmeza el contento que los mantiene unidos. Son virajes y recreos de la imaginación, que aún despierta es capaz de solaz como vía de escape ante la escabrosa realidad. Tras el cúmulo de refrescantes iconografías, Yontú pareció reanimarse en cuerpo y alma.

Sin que se suscitara cambio alguno en la temperatura ambiente dejó de sudar y de los labios cerrados le brotó una lacónica sonrisa. En ese momento una mano se posó firme sobre su hombro. Era el laurel de su ensoñación, la mujer de resuello voluptuoso, consorte de su vida, que con gestos y calculadas palabras lo alentaba para que tornara al lecho. Aprovechando una oleada de soplo fresco que el horizonte trajo, se puso de pie y leyéndole el pensamiento, con renovado impulso la siguió.

Se tendieron en cóncavo abrazo, a la sazón satisfechos, al menos por el discurrir de estrellas que restaban a la noche. Esta vez la ligadura de un firme abrazo fue bálsamo. Rendidos por el esfuerzo de un largo día se dejaron llevar, cual hojas sueltas, al consuelo virtuoso de un profundo sueño.

Sobre la quieta aldea transitó despacio la luna, húmeda del mineral que da la sensación de ser algo helado. Algunos murciélagos salen y entran de las viviendas, guiados por el olor de los frutos maduros, que en copiosos racimos entre los árboles vecinos se descuelgan. Las paredes de rollizos maderos, aunque es verano y está el aire ardoroso, espeso, exánime, mantienen una cierta frescura al tacto, interna virtud que les pertenece. Enredaderas cercanas

abren olorosas flores, perfumando la inmensidad de la distancia, alucinógeno para que seres humanos y animales alcancen el esquivo alivio reparador.

El joven guerrero, sostenido en la flotación de un sueño, entrecruzando piernas y brazos envolvió a la dama por la espalda, al tiempo que esta atrajo a la criatura, acurrucándola contra su vientre. Sin más desvíos ni desatinos durmieron anudados en abrazo de concordia. La luna terminó de cruzar la esfera estelar. Una rosada burbuja de luz fue apareciendo sobre las húmedas montañas.

Capítulo 2:

Incidencias mañaneras

Se inflamaron las cumbres de sol, en las frondosas laderas inició el ajetreo de la vida, cantaron las ruidosas aves mañaneras, chillaron los monos negros desde las altas ramas de los árboles de guaba, piaron, graznaron, rebuznaron los animales de corral. Despertó Ugamé sintiendo los senos gotear, se acercó a la cría y le introdujo en la mínima boca el morado pezón. Yontú también se desperezó y, levantando con parsimonia los párpados, contempló el chorro de luz que, desde afuera, por el rectángulo de la puerta se filtraba. Flexionó las piernas y con un giro súbito se puso de pie, expulsando en el acto un sonoro viento que los hizo reír. En el umbral se frotó los ojos procurando alcanzar la máxima visión. Distinguió distintas franjas de luminosidad: las azules cúspides lejanas, arrobadas de blancas nubes, el verdor lozano de las extensiones colindantes, y en torno suyo, el infinito colorido de la variada vegetación que protege a la comunidad y le da sustento. Torciendo la cabeza en todas direcciones comprobó que el día estaba plenamente puesto para la acción. Respiró hondo y se sintió renovado de fuerzas. Atendiendo las necesidades del cuerpo caminó unos pasos en paralelo con la enredadera de nocturno aroma y, al comprobar que nadie lo observaba, se dispuso a vaciar la vejiga donde la hiedra dispone su anclaje.

Bajó luego a la quebrada que, a pocos pasos, entre alargados guijarros y altos juncos, consume las orillas con agua cristalina,

agua limpia que reverbera y refleja, con mil quebrados centelleos, al astro rey que ya calienta el aire de un valle que se solaza en su fertilidad. Se inclinó y con el cuenco de las palmas de las manos tomó varias veces de la incolora corriente. Le llamó la atención la transparencia de aquel elemento que permitía examinar el zigzag de numerosos pececillos en trajín de lucha y convivencia, y el reflejo de su cuerpo corpulento, coronado por un rostro donde se advierte, con preeminencia, el deslumbramiento y expresión de su suspicaz mirada. Giró la cabeza sobre el cuello, se alisó el brillante cabello, se frotó la frente y se escarbó las fosas nasales. Permitió que las aguas se aquietaran nuevamente y al reencontrarse con su imagen, se juzgó agraciado y en plenitud de facultades.

Un largo rato se mantuvo contemplando el amparo de vida que la vistosa y ceñida agua de verano ostenta. Un pez rayado, salido de un pedrusco enmohecido, sin temor se colocó en el centro de la poza frente a él, mirándolo fijamente. Con ojos casi humanos y fiereza en semejanza el pez lo observó atentamente, custodiando con inquieto celo el territorio de aquella poza. Sorprendido por el inesperado reto, Yontú no perdió detalle del insignificante, acuático pependenciero. Nunca antes se había fijado en un detalle como ese, un mísero caudillo, reducido en estanque umbrío, desafiándolo a él, un individuo gallardo en destrezas, que recién regresaba de una exitosa cacería. Con inconexos gruñidos le devolvió la fanfarronada al pez, al tiempo que se incorporó y se dispuso a desandar los pasos hacia la vivienda.

El luminoso ambiente mañanero se deshacía de metálicos cantos de yigüirros y jilgueros, el límpido aire estaba saturado de miríadas de multicolores mariposas que en súbito vaivén volaban de una flor a otra chupando el néctar. Desde todos los puntos cardinales un fresco aliento de abundancia saturaba los pulmones. Mañana cálida, dispuesta bajo un brillante sol vivo que incita al movimiento de los cuerpos y al canto. Mañana profunda, adueñada de aquellos lugares y sus formas de vida. Esplendorosa mañana embriagada de sí misma, en roce leve de transparente sigilo y cándido sosiego.

Justo antes de retirarse vio venir a su dama y se quedó para hacerle compañía. Sin reflexionar, y sin que ella se lo planteara, se colocó a poca distancia del requiebro donde la mujer bajó a bañarse y a bañar a la cría. Ante tan colmada escena infló el pecho de respiración balsámica, juzgándose venturoso de poder asistir a tan íntimos menesteres.

Cuando estaba más joven espiaba el cuerpo desnudo de aquella moza, pero no era efluvio perfumado de su realidad, humo y cenizas eran en su mente los femeninos imperios cuando la masturbación terminaba, y debía volver a la realidad de macho soltero. En mañanas pretéritas llamaba a su hermano Yurúk para salir juntos a recorrer el mundo. Antes la sombra par de dos hermanos se asentaba sobre los trillos de la pródiga tierra, jóvenes solteros procurando un reino. Tiempo aquel en que la belleza de aquella manceba le era esquiva. Ya no tendrá que esconderse detrás de los juncos para contemplarla, ya no lo atormentará el susto de una probable negativa. Ahora esa hermosa amapola que salpica agua sobre su cuerpo es su mujer, y al contemplarla percibe que se le fortalecen los huesos, que los músculos se le expanden de tanta energía circulándole por las venas. Ahora puede acercársele y proponerle con caricias su anhelo de encender el fogón del abrazo carnal.

La niña que la mujer aseas de su sangre, él la cuidará, en rigor tendrá los rasgos de su rostro y otras menudas pependencias, pertenece a la temporada de su clan, aire de su cielo, ánimo de un empeño colectivo del núcleo humano al que pertenece. Las ama desde lo hondo de las entrañas, y si fuera necesario, estaría dispuesto a dar su vida por ellas. Son dos hermosos pétalos, piensa, perfumando el río con su olor, salpicando las transparentes aguas con el color caramelo de sus pieles.

Terminada la gestión del agua regresaron a la vivienda, donde bebieron un brebaje de granos molidos y un endurecido pan de maíz que la mujer había preparado la tarde anterior. Sabedor de su rol de proveedor, el joven consorte no esperó indicaciones o empeños colectivos, tomó una de las lanzas que acopiaba en el

rincón dedicado a las pertenencias del macho, y se echó a correr en dirección del viento. Juzgándose poderoso y autosuficiente, salió solo a recorrer las curvaturas sueltas de las lomas colindantes en busca de sumar aún más alimento a lo que ya habían conseguido con la cacería anterior.

Reforzando el ímpetu de conquistador que exhibe, a mediodía regresó, cansado pero satisfecho, floreciendo en la espalda un mantecoso cerdo de monte que lucía una descomunal lengua suelta que le bailaba, goteando ennegrecida sangre, sobre la ancha espalda. Lo tiró en la entrada, haciendo ruido con los pies para llamar la atención.

No era necesario, la mujer ya lo había visto venir, como lo había visto venir la tarde anterior, cuando regresó con aire triunfador después de varios días de ausencia en que estuvo al mando de la tropa. Ella comúnmente le adivina los pensamientos, lo huele y sabe la escala de su temperamento, le observa el brillo en los ojos y conoce por anticipado la dirección de sus pasos. Fue así desde la niñez y la temprana juventud, cuando la merodeaba en el riachuelo mientras se aseaba. Conocía su afición de ocultarse entre la espesura de los matorrales con el ardiente deseo de intimar, e incluso sabía que merodeaba por fuera de la choza, solo para escucharla en diálogo con su madre, soñando con la ocasión pendiente. Ahora que son pareja, ella permanece con la mirada colocada en la distancia, atenta al cuerpo que con el viento llegará. Vive en equilibrio y estima con todo el néctar de su entendimiento a su hombre, al fuerte y vivaz Yontú, dueño de un pesado corazón, atento padre de su renuevo. Como el agua en la quebrada, admite que los acontecimientos deben fluir en acopio de su propio compromiso y circunstancia. Ella realiza unas tareas, él otras, a veces juntos, a veces por separado. Renovados predicados y sentires cuando se divisan a la distancia y esbozan la cómplice sonrisa que les satura el ser.

Círculo de hechos en una aldea pequeña, pero unida y emprendedora, que procura ensanchar el camino por donde transiten con mayor comodidad y entendimiento los que vienen atrás, los que

recién llegan y los que deberán llegar, fruto de la multiplicación de la sangre. Reflexiones que se transmiten de una generación a otra, ternura, temblor y entrevero de imágenes que adornan y pulen la perfecta esfera de la vida. Como una estación sucede a otra, los viejos van muriendo y las nuevas parejas se asumen como el andamiaje indispensable que sostiene la estructura. Sucesión de humanos soplos en el espacio y en el tiempo. Ella ama a su familia con el entendimiento acumulado por sus ancestros, y el suyo propio, que lo ha cultivado en atención de pormenores que se transmiten de un brazo a otro como una cuerda de la que no se conoce el principio y no es dable adivinar el final. Ella cumple diligente su papel en la dinámica familiar y social mientras espera que su hija crezca para instruirla en los acicates que le dan forma a la estirpe.

Ugamé y su pequeña Elemé sonríen al unísono cuando ven a la distancia la figura del hombre que aman y que las ama hasta la decisión de exponer la vida, cuando se aparta hacia territorios distantes en los que no es posible conocer el acechante olfateo de enormes bestias, tribus enemigas o fantasmas que palpan el costillar en las noches, cuando se apostan entre las gambas de los árboles, en procura del esquivo sueño en sitio extraño. Son las consuetudinarias prácticas de las familias de la comunidad, motivos y adherencias que llenan los instantes de un sol a otro. Son personas que conocen la colocación diligente de sus destinos, por eso no se doblegan en el resbalón, y una y otra vez se incorporan como resistente divisa que renueva el designio. Siempre de pie y de frente, en el conteo inagotable de lunas e inviernos, mientras continúa el curso del simétrico globo de la vida.

En tanto el cerdo de monte daba vueltas sobre las ruidosas brasas de la hoguera, goteando y restallando grasa, expidiendo un fuerte aroma de carne asada, Yontú fue a la vivienda familiar, que antes de formar pareja con Ugamé fue la suya, choza grande donde residen sus progenitores, autoridad máxima en la aldea, ubicada como la corona más alta en el centro del poblado. Allí lo esperaban sus ascendientes, exponiendo frases a flor de labios.

Con un regocijo en el pecho ingresó, procurando ennoblecer el ceño arrugado de su anciana madre, y emblandecer el riguroso semblante de su padre. Amparado en el resplandor de su ánimo que le aportaba un singular brillo a su figura corporal, se sentó en el rincón de siempre, aquel de la infancia y juventud, del lado derecho de la estructura, cerca del fuego. Levantó la cabeza y se dispuso a responder las preguntas e inquietudes de sus progenitores.

La adolescencia le había pasado, era un hombre robusto, pero sentado allí, frente al bullicio y tráfago de sus allegados, en concordia con aquel entorno en el que se formó, parecía un infante de nuevo, indefenso, profiriendo con humildad locuciones que extrajeran sonrisas a los íntimos. Una voluntad de reír y transmitir alegría se acumulaba progresivamente en todo su ser, colocándolo como un individuo particular al que todos deben observar. Su cuerpo se soltó en un leve movimiento ascendente que le iba adelgazando la compostura, hasta alcanzar un sitial suspendido, o eso les pareció a los otros, y desde allí les dijo que se sentía orgulloso de ser una partícula más de aquel hermoso tronco familiar. Jocó y Magá, levantando a un tiempo la mirada donde brilló una fulgurante chispa, juzgaron apropiada y justa la ponderación mental de su primogénito.

Agotada la solemnidad del reencuentro, con suficientes palabras y evidentes gestos relató un viaje fatigoso junto a Yurúk y los otros miembros de la cuadrilla de cazadores, poniendo énfasis en la experiencia que puso en riesgo sus vidas: una ensenada abrupta donde una fiera les cayó por sorpresa, ensañándose contra el cuello de uno de los hombres, que cedió ante los afilados colmillos, y murió desangrado en el camino. Sin levantar la cabeza, contó que hicieron acopio de la fuerza extra que da la voluntad superior, y lograron ahuyentar a la bestia que ya daba como su presa al sorprendido cazador, pero que, aunque se lo arrebataron, no fueron capaces de detener el flujo de sangre que le manaba del desgarrado cuello. Recordando el instante del episodio, allí frente a los demás, se arrolló en un denso silencio del que parecía no querer salir. Yon-

tú, hombre de extraordinaria sensibilidad que lo lleva, en la marejada de unas pocas respiraciones, de un estado de exaltante algarabía, a un estado de mustia tristeza y recogimiento anímico.

Voces se levantaron y en agravio estremecieron la concavidad de la vivienda. Dolientes palabras de raigambre recriminatoria saturaron el entorno, como agujones acechando la humanidad del alicaído Yontú.

La pareja de ancianos había perdido a uno de los más experimentados cazadores, altruista y garboso en tantos episodios preteritos, hombre virtuoso, que, habiendo enlazado responsabilidad con el colectivo, nunca inclinó la frente negándose a los imperativos solicitados. Aunque no formaba parte sanguínea de la casa gobernante, siempre estuvo atento a las necesidades, cuitas y peticiones de los viejos líderes.

La madre mira a Yontú buscando en sus ojos alguna esquirola de verdad no expresada, algo que no osa exponerle, pero este no atina a mirarla, se mantiene cabizbajo, enfocando fijamente, a trasluz de la rojiza iluminación que aportan las brasas de la fogata, el acumulado polvo del suelo, donde su propia sombra se expande y se contrae, ondulante igual que su ánimo.

Dilatados minutos pasaron empuñando el semblante con este o aquel gesto, profiriendo esta o aquella dicción, contrariando con inconexos excesos la recriminación de que era objeto. Muralla vidriosa los ojos de Yontú, impenetrable el acopio de sus propias reflexiones y temores sobre lo ocurrido, artificioso el desembuche de sus respuestas carentes del filtro de la coherencia. Punzantes instantes de silencio, y de súbito de vuelta a los lamentos, en subibaja de emociones, descargos y reprensiones.

No hubo contestación posible, los ancianos cabecillas de las huestes no lograron desentrañar el hilo exacto de lo acontecido. El dolor por la pérdida era mayor que la hojarasca de confusos razonamientos. Yontú percibió el soplo frío de la indefensión, y sin más palabras se levantó para dirigirse al lado de su mujer, que sí comprende a cabalidad que él no fue responsable de la muerte

del cazador, y que realizó, en honor al lugar de privilegio que le asiste, denodados esfuerzos para impedir que se desangrara, y fue a ella a la que le narró que incluso mientras el hombre agonizaba, le besó la frente y los brazos, envolviéndolo con ardiente deseo de socorrerlo en tan extremo acontecimiento.

La carne del cerdo había cambiado de viso, opaca, color de tierra viva goteaba un jugo que crujía contra las brasas. Con ayuda de Ugamé, diligente en el menester lo levantó y lo colocó sobre un metate de piedra donde habían extendido hojas de bijagua traídas del pantano para tal efecto. Sin premura, con el mismo afilado puñal de hueso con el que mató a la bestia se dispuso a cortar las piezas: un cuarto, otro cuarto, una mano, otra mano, el costillar, la cabeza. Adosando un buen trozo con hierbas comió junto a su compañera. Cuando se sintieron satisfechos se miraron en cómplice deleite, mostrando satisfacción y regocijo por la faena cumplida.

Más tarde, cumpliendo la doctrina ancestral de compartir, envolvió varios trozos en grandes hojas, previamente soasadas al calor de los carbones. Acomodando los encargos con presteza se dirigió hacia los ranchos vecinos, repartiendo el oloroso saldo. La última entrega representaba la mejor parte, una pierna entera, incluido el rabo y las pezuñas. Entró a la vivienda de mayor jerarquía con aura renovada, como envuelto en un manto de reconciliación, esperando reciprocidad, pero únicamente obtuvo silencio y movimientos pausados en torno suyo. Su madre desenvolvió la pieza y cortó con las manos, desmenuzando en varias porciones la ofrenda. Los viejos comieron y los hermanos menores, una moza de agraciado rostro redondo, y dos varones, uno soltero casi de su edad, y otro en extremo flaco, en plena adolescencia. Cuando su padre eructó, sin decir nada, dio media vuelta y se retiró. En las estancias vecinas la regalía de carne fue bien recibida. Parientes, tíos y primos le palmearon la espalda en señal de gratitud. Uno de ellos, el tío Moguto, renco por un accidente de caza, se atrevió a balbucearle que por ser más fuerte que Jocó, a toda la aldea le irá mejor cuando herede el trono. Yontú no respondió al cumplido, se limitó a sonreír, advir-

tiendo un dejo de perverso céfiro en la sentencia. Ninguna familia quedó sin su ración, como nunca antes Yontú hizo gala del más hondo sentimiento de generosidad que lo reviste. ¿Intentaba con esa acción minimizar el daño por la muerte del insigne cazador? Su padre así lo creyó, el corazón ciego le dictó las palabras mudas. Él, un anciano de cincuenta y cinco inviernos, intuitivo en el entorno, concibe que algo más pudieron haber realizado los compañeros del caído. Aunque en el fondo, más que dudar de lo expuesto por su hijo, le duele en las entrañas la pérdida del hombre bueno que se mantenía atento a las necesidades de los demás.

Para la mayoría de los pobladores, buena noche aquella, con las panzas llenas y las mentes encontrando descanso en el paulatino apaciguamiento del sueño. Afuera, en la esfera infinita del espacio se mostraba la luna, expandiéndose, derramando su amarillina luz sobre la umbrosa lejanía. Ruidosas chicharras y pájaros nocturnos articulaban la virtud de una región pródiga que vibra en el temperamento diáfano del verano. Días secos en el aceite de una pintura ocre, noches calurosas bajo el revolotear de los ágiles murciélagos.

En una comunidad original los acontecimientos expuestos y velados se precipitan en similitud de semejanza. Cada alborada sale el grupo de valerosos cazadores hacia el abismo de la refriega por el alimento y el territorio, y no se tiene certeza del retorno, a menudo regresan todos, a veces pierden a uno o más de los miembros, pero sin demora, sin cuestionamientos deben reemplazarlo, es requisito imperativo para la sobrevivencia del grupo. La seguridad del yo radica en la seguridad del colectivo. La pérdida de uno, aunque bizarro y noble, no debe perturbar la querencia colectiva. El círculo de los días debe continuar su curso, así lo enseñan las esferas estelares, que un día tras otro tejen la seda del espacio. Es lo que afirma Yumók, el chamán de la pequeña agrupación del valle, clan de los cazadores de venados, así llamados por sus vecinos.

Las pequeñas fogatas de los ranchos aledaños se extinguieron, pero la hoguera principal, aquella que se yergue en el centro de la

choza mayor se mantuvo ardiendo, como todas las noches, alimentada por leños y estiércol seco de animales de corral.

En torno a la comunidad un humo azuloso se expande, flotando a su alrededor en continua danza de enigmas. El perfume de las flores nocturnas abismó en profundos sueños a los pobladores, que en parejas o en pequeños grupos se recogieron, aligerando la pesadez de los cuerpos. Un día más aconteció, un día largo, de ajetreo, de olor virtuoso, natural, que les infundió ánimo para cumplir con el fragor de múltiples quehaceres. De los árboles las espesas sombras se desprenden, y con el viento recorren la dilatada extensión de la noche. Viento fresco que se cuele dentro de los ranchos, ingresando a los pulmones de los dormidos moradores, saturándolos del concierto de la vida.

Incluso Yontú, que vivió una jornada de claroscuros, se adhirió a Ugamé por la espalda y la atrajo hacia sí, soplándole al oído que la ama, agradeciéndole con palabras que evocan flores, aromas y colores, que le agradece que esté a su lado, sosteniéndolo ante los empujones de la realidad, que a veces acontecen con tanto brío, que tumban. Y le recordó también la abundancia surgida de los dos, la hermosa Elemé, que entre sus limpios ropajes respira quieta, protegida por los benignos dioses. Un cosquilleo más, un prolongado beso extra, y los tres se duermen en íntimo nudo.